



EL CAPELLÁN JUAN DÍAZ, "OBISPO DE SAN BORONDÓN".

NUEVAS NOTICIAS SOBRE LA EXPLORACIÓN DEL ATLÁNTICO (1526-1529)

[Recibido: 11 de mayo de 2016]
[Aceptado: 30 de mayo de 2016]

Luis Regueira Benítez
El Museo Canario

Manuel Poggio Capote
Real Sociedad Cosmológica

RESUMEN

Una carta de obligación firmada en Las Palmas en 1529 nos permite situar en Gran Canaria al clérigo sevillano Juan Díaz (1480-1549), cronista de Indias y capellán de las tropas de Hernán Cortés en la conquista de México. En este documento se acuerda organizar una expedición de descubierta de la isla de San Borondón, uno de los grandes mitos geográficos del Atlántico. Se analizan dos expediciones para el descubrimiento de esta isla: una organizada en 1526 y ya conocida, y un segundo intento, desconocido hasta hoy, ideado en 1529. En esta nueva expedición repite el promotor Fernando de Troya, al que se une el capellán Juan Díaz con la intención de ser nombrado rector eclesiástico de la isla de San Borondón.

Palabras clave: islas atlánticas; San Brandan de Clonfert; descubrimientos; expediciones; Juan Díaz.

CHAPLAIN JUAN DÍAZ, "SAINT BORONDON'S BISHOP". BREAKING NEWS ON ATLANTIC EXPLORATION (1526-1529)

ABSTRACT

A letter of undertaking signed in Las Palmas in 1529 allows us to place in Gran Canaria the Sevillian clergyman Juan Díaz (1480-1549), chronicler of the Indies and chaplain of Hernán Cortés troops in the Mexican conquest. In this document is organized an expedition to discover the island of Saint Borondón, one of the great geographic myths of the Atlantic. Two expeditions for the discovery of this island are analyzed. The first one, already known, took place in 1526, and a second attempt, so far unknown, was devised in 1529. In this new expedition, the organizer Fernando de Troya repeated. Chaplain Juan Díaz joined the group to be appointed ecclesiastic Dean of Saint Borondón Island.

Key words: Atlantic Islands; San Brandan de Clonfert; discoveries; expeditions; Juan Díaz.

1. INTRODUCCIÓN

LA historia de la isla legendaria de San Borondón nace con un monje irlandés, san Brendan de Clonfert, que vivió entre los siglos V y VI y que instituyó varios monasterios en su tierra natal. La biografía y periplo del santo Brendano, como se conoce en el santoral español, fueron divulgados a través de unos manuscritos datados en los siglos IX y X que dan cuenta de unos viajes atlánticos que el religioso emprendió junto a otros monjes y que le condujeron a protagonizar un conjunto de escalas fabulosas, entre las que se encuentra el atraque frente a un gigantesco pez, estimado como tierra firme y en cuyo lomo los navegantes celebraron una misa de Pascua. Es por esto por lo que san Brendano aparece representado de manera invariable durante las edades Media y Moderna sobre una ballena. Los manuscritos medievales de la hagiografía de Brendan de Clonfert, que gozaron de amplísima difusión a lo largo de los siglos subsiguientes, constituyeron en sus inicios dos obras independientes, *Vita sancti Brendani y Navigatio sancti Brendani*, que en sucesivas copias y adaptaciones fueron complementándose y convergiendo, influyéndose la una a la otra¹.

En las islas Canarias –incorporadas a la civilización europea a partir de 1402–, la relación con el venerable irlandés va incluso un poco más allá, pues llegó a existir una tradición, recogida por el historiador regional del siglo XVII Tomás Marín de Cubas (1643-1704), según la cual un manuscrito de la catedral de Las Palmas daría cuenta de que el propio san Brendano estuvo predicando en el archipiélago. Aunque se trata de un testimonio totalmente infundado, lo cierto es que desde finales del siglo XV, pero en especial desde las primeras décadas del XVI, se dispone de noticias acerca de avistamientos y expediciones en busca de una isla aún por hollar, observada al oeste del archipiélago y que, dada su naturaleza esquiva y la dificultad para su colonización, pasó a ser conocida en un tránsito

auténticamente “metaliterario” como isla de San Borondón².

La presencia del mito de San Borondón en Canarias obedece en realidad a tres aspectos, de los cuales la historia de san Brendano es sólo uno de ellos. El segundo de los rasgos que configuran la San Borondón canaria es una cuestión cartográfica, pues los primeros geógrafos metódicos, encabezados por Claudio Ptolomeo en el siglo II de nuestra era, citaban la existencia de unas islas Afortunadas, que podrían ser las actuales Canarias, y entre ellas una insula denominada Aprositus, que significa literalmente “inaccesible”. Y el tercer aspecto, fundamental para terminar de definir el mito, es el hecho cierto de que San Borondón se ve frente a las costas isleñas. Algún tipo de efecto óptico atmosférico, bien sea espejismo o bien otro engaño visual, hace que los habitantes de las islas contemplen en determinadas circunstancias una porción de tierra donde no se debería ver más que mar y horizonte. Este engaño supone en nuestros días una simple curiosidad o una anécdota que contar, pero en los tiempos de los descubrimientos geográficos podía ser el indicio de que quedaba algo por descubrir, y ciertamente muchos trataron de señalarlo.

No en vano, a pesar de la progresiva colonización de América o las exploraciones en África o Asia, el océano Atlántico se mostró como un espacio no definido del todo hasta bien entrado el siglo XVI. Si bien cada vez eran mejor conocidas las dos orillas atlánticas, aún eran numerosas las tierras e islas que continuaban descubriéndose en el trayecto. Baste recordar, por ejemplo, que navegantes portugueses hallaron la isla de Santa Helena en 1502 y la de Tristán de Acuña en 1506 en medio del océano, o que marinos españoles o británicos –no entraremos en esta disquisición histórica– encontraron el archipiélago de Malvinas, entre 1520 y 1600, en el Atlántico sur. En el océano Pacífico, por otra parte, dadas sus vastas dimensiones, durante todo el siglo XVI prosiguieron numerosas exploraciones y los consiguientes hallazgos.

(1) En la elaboración de este artículo hemos contado con la ayuda inestimable de varias personas a las que queremos expresar nuestro agradecimiento, entre ellas destacan muy especialmente Pedro Socorro Santana, Dulce Rodríguez González y Luis Agustín Hernández Martín.

(2) ORLANDI (1968); VÁZQUEZ DE PARGA Y CHUECA (2006). Se calculan un centenar largo manuscritos en latín; además, de numerosas traducciones al inglés, holandés, catalán, italiano, noruego o alemán.

No se debe olvidar tampoco que unas décadas antes los exploradores portugueses habían localizado tres archipiélagos en la región natural de la Macaronesia: Porto Santo y Madeira (1418-1419), Azores (1427-1452) y Cabo Verde (1444), asentándose en cada uno de ellos relevantes colonias. La importancia de estos lugares como estratégicos nudos de comunicaciones marítimas ha quedado ampliamente constatada a lo largo de los últimos seis siglos. En relación a estos archipiélagos, es llamativo que tanto en Madeira como en Azores las islas fueran descubiertas de una manera progresiva: primero las más orientales y sucesivamente las islas más lejanas a las riberas continentales. Valga como ejemplo el hallazgo de Madeira desde Porto Santo. Descubierta y poblada esta última isla desde 1418, en ocasiones se entreveía una sombra en el horizonte. Sin embargo, no fue hasta un año más tarde cuando João Gonçalves Zarco y Tristão Vaz Teixeira partieron en un viaje de exploración y se toparon con la que se denominaría Madeira³.

De igual modo, en el archipiélago canario (bien localizado desde la Antigüedad clásica), se reveló como factible la posibilidad real de encontrar una nueva isla mar adentro hacia poniente. Además, dadas las similitudes entre las referencias literarias de san Brendano y la esporádica visión de una isla al oeste del archipiélago, pronto comenzaron a entrelazarse ambos hilos⁴. El propio Cristóbal Colón se haría eco de estas noticias. Casado hacia 1480 con Felipa Moniz, hija de Bartolomeu Perestelo, gobernador de la isla de Porto Santo, el navegante genovés conocía el avistamiento de tierras al poniente de Madeira⁵. Como refiere su propio hijo Hernando, es sabido que Colón defendía la existencia de numerosas islas intermedias entre el confin del Viejo Mundo y las Indias, "a lo que daba más fácil crédito, movido por algunas fábulas y novelas que oía contar a diversas personas y a marineros que traficaban en las islas y los mares occidentales de los

Azores y de la Madera"⁶. Incluso, en los preparativos canarios de su primer viaje, el 2 de septiembre de 1492, tan sólo cuatro jornadas antes de la partida definitiva, Cristóbal Colón anotó en el diario de a bordo: "juraban muchos hombres honrados españoles, que en La Gomera estaban con D^a Inés Peraza..., que eran vecinos de la isla de El Hierro, que cada año vían tierra al oeste de las Canarias, que es al poniente; y otros de La Gomera afirmaban otro tanto con juramentos"⁷. Aunque se trata de un dato de indudable interés, Colón únicamente debió de conocer esta tradición en las vísperas de la aventura transoceánica, dado que en caso contrario la habría mencionado con anterioridad en sus exposiciones⁸.

No cabe duda de que esta "tradición" borondniana se extendió en su momento por todos los rincones del mundo. Puede que Álvaro de Mendaña y Pedro Sarmiento de Gamboa, por ejemplo, la relacionaran en 1567 con la leyenda inca de las islas de Anachumbi y Ninachumbi, cuya búsqueda frente a las costas del Perú llevó a que su expedición descubriera unas islas a las que llamaron Salomón. Además, también se ha rastreado la presencia de San Borondón en el océano Índico, pues frente a la isla de Madagascar, en el archipiélago de Mascareñas, existe el minúsculo grupo de Saint Brandon, también conocido como Cargados Carajos. De tan sólo 1,3 km², el archipiélago se halla conformado por bancos de arena, bajíos e islotes que se sitúan a 430 kilómetros al noreste de la isla de Mauricio, estado del que depende administrativamente. Según recientes investigaciones geológicas, en fechas pasadas fueron unas islas de mayores dimensiones, pero se hundieron debido a las mareas crecientes. Aproximadamente desde 1506-1507 sirvió como tierra de aprovisionamiento para marineros lusitanos que se dirigían a la India⁹.

A lo largo de estos años ávidos de descubrimientos y moteados de hallazgos, fue normal

(3) BENITO RUANO (1978), p. 33.

(4) Sobre la historia canaria de la isla de San Borondón, véase especialmente: BENITO RUANO (1978); (1985); (1988), pp. 149-160; BONNET Y REVERÓN (1927-1929); POGGIO CAPOTE, REGUEIRA BENÍTEZ (2009).

(5) BONNET Y REVERÓN (1927-1929), pp. 228-229.

(6) COLÓN (1984), p. 71. Véase además el resto del capítulo IX.

(7) RAMOS PÉREZ, GONZÁLEZ QUINTANA (1995), pp. 65-67.

(8) CIORANESCU (1978), pp. 26-31.

(9) Con posterioridad, las islas Mascareñas fueron ocupadas por los holandeses, franceses y británicos. Curiosamente, los mapas que recogen este atolón no coinciden demasiado en lo que se refiere a su posición exacta.

que se organizaran diversas expediciones para hallar la isla de San Borondón, dada como cierta. En Canarias, los historiadores clásicos de la región han recogido cuatro expediciones que, hasta hace pocos años, eran las más conocidas, y que en cierta manera establecían el canon de este tipo de viajes indagadores: la de Hernando de Troya y Hernando Álvarez en 1526, la de Fernando de Villalobos en 1570, la de Gaspar Pérez de Acosta y el franciscano fray Lorenzo Pinedo en 1604, y, por último, la ordenada por el capitán general Juan de Mur Aguirre en 1721, esta última más como una búsqueda desesperada de alivio económico para la paupérrima situación agrícola padecida en Canarias por aquellas fechas que con un convencimiento auténtico de la realidad de la legendaria isla. Aparte de estas cuatro, se ha consignado la existencia de algunas otras expediciones a lo largo de estos tres siglos. La mejor documentada fue la llevada a cabo por el médico Melchor de Lugo, organizada en Santa Cruz de La Palma en 1570¹⁰.

Es indudable que durante estas vertiginosas décadas del siglo XVI se consideraba como mera cuestión de tiempo el descubrimiento y colonización de la ínsula del monje irlandés. Por eso, tan sólo tres años después de la consabida expedición de 1526 promovida por Troya y Álvarez, se organizó una nueva tentativa –que también contó con la participación de Troya– en la que lo más interesante es que fue liderada por el clérigo sevillano Juan Díaz (1480-1549), capellán y cronista de la conquista de México. El objetivo de este artículo se centra en el análisis de estas primigenias expediciones organizadas desde el archipiélago canario en busca de esta tierra entrevista en el mar océano. Con este fin se analizan los escasos datos de la expedición de 1526 y se ofrece como primicia el segundo de estos empeños, el encabezado por el célebre cura Díaz, localizado en una carta de obligación conservada entre los maltrechos protocolos notaria-

les quinientistas de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria¹¹.

2. EXPEDICIONES EN BUSCA DE SAN BORONDÓN

La pretensión de localizar, explorar y conquistar la isla de San Borondón no fue una excentricidad que protagonizaran únicamente algunos aventureros desorientados. De hecho, hasta poco antes de iniciarse el siglo XIX la opinión general se decantaba por considerarla auténtica, por más que todos los intentos de hallarla hubieran resultado infructuosos.

Es posible que la idea de la existencia de una isla oculta en estas latitudes se hubiera mantenido desde los siglos anteriores, pues, obviando las numerosas ínsulas mitológicas descritas por las distintas culturas clásicas, no hay que olvidar la alusión a la intrigante isla Aprositus de la *Geographia* de Ptolomeo, cuyo nombre sugiere unas características parecidas a la San Borondón moderna y contemporánea. Esta posibilidad se afianza en los mapamundis bajomedievales, que mucho antes del redescubrimiento (o descubrimiento para los lusitanos) de los archipiélagos atlánticos, situaban en sus inmediaciones unas islas Afortunadas, o incluso una tierra llamada “Ínsula Perdita”¹², que frecuentemente aparecían acompañadas de un texto referido al paso de Brendan de Clonfert por ellas¹³.

A esta circunstancia previa vendrían a unirse más tarde los descubrimientos de los navegantes europeos en la Macaronesia: Canarias en el siglo XIV; Madeira, Azores y Cabo Verde en la primera mitad del XV. En ese tiempo se estaba desarrollando una nueva forma de hacer cartografía náutica, eminentemente

(10) REGUEIRA BENÍTEZ, POGGIO CAPOTE (2007), pp. 99-166.

(11) La localización de esta carta de obligación en el Archivo Histórico Provincial de Las Palmas se la debemos a Pedro Socorro Santana, cronista oficial del municipio de Santa Brigida.

(12) Un ejemplo de ello es el mapamundi de Ebstorf, de 1235, conservado en Hannover hasta que fue destruido por los bombardeos de la II Guerra Mundial, aunque numerosas reproducciones y fotografías permiten reconstruir certeramente su imagen.

(13) El mapa de Ebstorf, por ejemplo, incluye un texto tomado del *De imagine mundi* de Honorio de Autun: “San Brandano la descubrió, pero desde que la abandonó nadie la ha vuelto a encontrar”; por su parte, el mapa de Hereford, trazado por Richard de Haldingham hacia 1275, relata: «Las seis islas de la Fortuna son las islas de san Brandano”.

práctica y basada en observaciones directas y mediciones con nuevos instrumentos, como la brújula. Los portulanos –cartas náuticas dibujadas con estas nuevas técnicas– solaparon, no obstante, los datos empíricos con las conjeturas medievales, de manera que incluían como ciertas infinidad de islas fabulosas tomadas de fuentes no contrastadas. Así, las referencias al paso de san Brendano por estas peñas acabaron convirtiéndose en apuntes toponímicos, primero para referirse a casi todo el conjunto de islas macaronésicas, reales o no –que recibieron el nombre colectivo de “Islas Afortunadas de San Brandano”¹⁴–, y más tarde para nominar a una isla individual, que es, en última instancia, la que podemos identificar con San Borondón. El mapa pionero en incorporar esta isla de San Borondón es la famosa “Manzana de la Tierra” de Martin Behaim, que es la primera representación del globo terráqueo en un objeto esférico y que fue construida en 1492, mientras América estaba siendo descubierta para los europeos, por lo que esta isla, rotulada “Sant Brandon”, se halla en un océano Atlántico que se extiende hasta las costas de Asia.

Precisamente son los descubrimientos geográficos de este tiempo, antes y después del hito de hallar el continente americano, los que ayudan a que los estados, los gobernantes locales e incluso muchos particulares, siempre con expectativas de obtener algún tipo de beneficio, se aventuren a ser los primeros en llegar a tierras ignotas y apoderarse de ellas o ponerlas a los pies de sus monarcas. Pero a este hecho, generalizado al menos en los reinos de Castilla y Portugal, se le suma en la región macaronésica una circunstancia excepcional, que no es otra que el referido fenómeno óptico que propicia que se forme en el horizonte una isla virtual pero aparentemente tangible. Es este fenómeno, unido al resto de circunstancias históricas que acabamos de enumerar, lo que termina de asentar las bases ideológicas necesarias para

que se planteara de forma seria buscar la isla de San Borondón.

De esta manera, en la segunda mitad del siglo XV los reyes de Portugal llegaron a firmar documentos por los que se hacía donación de esta isla a diversos personajes que pretendían tratar de encontrarla o que aseguraban haberla visto en sus viajes, como fue el caso de Gonzalo Fernandes, vasallo del infante don Fernando, que la había avistado en 1461; o la infanta doña Beatriz, duquesa de Viseu, que obtuvo un permiso para buscarla con la promesa de hacerse cargo de su dominio si tenía éxito; o incluso Ruy Gonçaves da Câmara, que recibió en 1473, en premio por sus servicios en África, la donación de una isla que había divisado en un viaje. También Fernão Telles, del Consejo Real, obtuvo privilegios sobre la isla de las Siete Ciudades, equiparable a San Borondón y frecuentemente confundida con ella¹⁵.

Otros personajes trataron de hacerse con promesas similares, unas veces sin éxito, como el madeirense que solicitó el préstamo de una carabela al monarca portugués en 1484 porque todos los años veía tierra al oeste de su isla; y otras con mayor fortuna, como un aventurero que, en la misma isla y en el mismo año, se ofreció a buscar esa tierra pero aportando sus propios medios.

Pero fue en el archipiélago de Azores donde se organizó la primera expedición de la que se conservan noticias detalladas en busca de Siete Ciudades, que, como se anotó, no es, *sensu stricto*, la misma que San Borondón. Se trata de la aventura que ideó en 1486 el flamenco Fernão Dulmo (Ferdinand van Olm), vecino de Terceira, en asociación con el mercader funchalense João Afonso do Estreito, quienes obtuvieron suculentas promesas de Juan II que se harían efectivas si lograban su objetivo¹⁶. Dos carabelas bien equipadas partieron por fin el 1 de marzo de 1487, y es de suponer que volvieron sin éxito.

⁽¹⁴⁾ Véanse, por ejemplo, los portulanos de los hermanos Pizzigani (1367), Guillermo Soler (1385), Beccario (1426), Valseca (1439), Bianco (1448), Pareto (1455), Gracioso Benincasa (1482) o Albino Canepa (1485), que rotulan casi toda la Macaronesia como “Insulle fortunate sanct brandany” (con ligeras diferencias ortográficas entre ellos).

⁽¹⁵⁾ La mítica isla de las Siete Ciudades es el lugar donde supuestamente se establecieron siete obispos portugueses que huyeron de la invasión musulmana durante la Edad Media. En esta isla mantuvieron durante siglos la lengua portuguesa y un modo de vida basado en el cristianismo piadoso. Un buen relato sobre esta isla fue recogido por Manuel Fernández Sidrón en el manuscrito 83-1/5 de la Universidad de La Laguna.

⁽¹⁶⁾ Entre estas promesas estaban las escuadras y hombres que fueran menester para una posible conquista armada, en caso de que la isla en cuestión estuviese habitada.

Manuel I también otorgó donaciones a algunos viajeros portugueses que pretendían buscar islas en el Atlántico. Lo hizo con varios miembros de la familia Corte Real, comenzando en el año 1500 por Gaspar, hijo de João Vaz Corte Real, descubridor de Terranova. Se da la circunstancia de que Gaspar Corte Real llegó a las costas de Canadá y mandó uno de sus barcos de vuelta a Europa para dar información al rey. El descubridor continuó con su viaje de exploración, y ante la demora de su regreso salió su hermano Miguel, también con promesas regias de donación, con la intención de encontrarlo. Finalmente ninguno de los dos volvió a dar señales de vida¹⁷.

Está claro que los reyes portugueses aprovecharon la iniciativa de los aventureros particulares para enriquecer y engrandecer su imperio sin exponerse a grandes pérdidas, puesto que las concesiones a los descubridores quedaban condicionadas al éxito de cada empresa. Por su parte, los monarcas españoles tardaron un poco más en entrar en este juego, tal vez porque tenían satisfechas sus necesidades de exploración y expansión gracias al hallazgo colombino. Sin embargo, en 1519 el regidor de La Palma, Francisco Fernández de Lugo, obtuvo grandes promesas si tenía éxito su idea de “arar la mar por espacio de un año, si fuere menester” hasta hallar esa isla que muchas veces divisaba desde La Palma y a la que llamaba Sant Blandián¹⁸.

Pocos años después, en 1526 y 1529 respectivamente, tuvieron lugar las dos expediciones de Fernando de Troya que tratamos de reconstruir en este artículo, la primera en compañía de Fernando Álvarez y la segunda con el presbítero Juan Díaz. Los detalles que puedan extraerse de ellas se reseñarán en los epígrafes siguientes. A partir de estas fechas la búsqueda

de San Borondón se hace casi cotidiana, y así, por ejemplo, Gabriel de Socarrás Centellas, conquistador y regidor de La Palma, trata de hallarla en 1537 después de haberla visto entre La Palma y La Española. Socarrás la llamaba “isla de San Bernardo” y no San Borondón, tal vez para que el emperador Carlos no lo tomara a broma o a desvarío¹⁹.

Las continuas informaciones que a partir de ese momento surgían sobre avistamientos de San Borondón alentaron las siguientes operaciones de búsqueda, comenzando por la del cura Martín de Araña y el portugués Roque Nunes, este último acompañado por dos de sus hijos, quienes partieron en 1556 y buscaron durante un día y medio, con resultado positivo según sus protagonistas²⁰.

Poco después, en 1570, tras una investigación oficial sobre la existencia de San Borondón impulsada por la Real Audiencia de Canarias, se organizaron dos expediciones paralelas y seguramente rivales: la primera de ellas patrocinada por la propia institución regencial, al mando de Hernando de Villalobos, y la segunda ideada por el médico palmero Melchor de Lugo y sustentada por algunos personajes de relevancia social y económica de Santa Cruz de La Palma²¹. Siguió el vecino de Tenerife Galderique Fonte y Pagés, que pretendió hacerse con la isla perdida hacia 1592 según recoge Leonardo Torriani²², y a continuación llegó el turno de Gaspar Pérez de Acosta y el franciscano Lorenzo Pinedo, que lo intentaron en 1604.

El siglo XVII no fue, sin embargo, muy propicio para la búsqueda de la isla errante, y habrá que esperar hasta 1721 para hallar nuevos datos sobre expediciones de descubierta. En esa fecha es cuando Juan de Mur, capitán general de Canarias y presidente de la Real

(17) La documentación sobre todas estas donaciones portuguesas puede espigarse en: ARRUDA (1932). Fueron extraídas en REGUEIRA BENÍTEZ, POGGIO CAPOTE (2007), pp. 104-108. Otras expediciones portuguesas similares, que no hemos logrado datar, son citadas por VIERA Y CLAVIJO (1967), v. I, p. 108 (nota 1). Se trata del caso de Antonio Leme, de Madeira, que vio tres tierras desconocidas después de haber navegado demasiado hacia el oeste; y del también madeirense Vicente Díaz, quien, tras haber visto una tierra desconocida al oeste de su isla, se asoció con un comerciante genovés y armó una carabela con la que no halló nada.

(18) CIORANESCU (1982).

(19) RUMEU DE ARMAS (1965); MARTÍN ACOSTA (1996).

(20) Los aventureros aseguraron que habían encontrado la isla, pero que no desembarcaron porque acabaron riñendo por el privilegio de ser el primero en pisar la costa.

(21) REGUEIRA BENÍTEZ, POGGIO CAPOTE (2007).

(22) TORRIANI (1959), pp. 256-257.

Audiencia, ordena una nueva investigación sobre San Borondón como medio desesperado de hallar una salida a la terrible situación por la que atravesaba el archipiélago, pues confluyeron en poco tiempo varias catástrofes naturales, epidemias sanitarias y una profunda crisis productiva²³. Por ello, tras las correspondientes pesquisas se decidió enviar una balandra al mando de Juan Franco de Medina, que partió el 11 de noviembre y volvió un tiempo después con la conclusión clara de que San Borondón no era real.

Esta fue, probablemente, la última expedición de envergadura organizada para encontrar la "fantástica nadante isla" –como la llama el anónimo *Peregrino a Canarias* que redactó el manuscrito inédito sobre las islas que se conserva en la biblioteca de la Universidad de Sevilla²⁴–, a menos que demos por cierto algún intento del siglo XIX que ha quedado en la literatura popular, como el de la barca *Elvira*²⁵.

No obstante, pese a la ausencia de datos sobre otras expediciones, la isla de San Borondón siguió apareciéndose en el horizonte de las islas, como queda documentado en infinidad de ocasiones²⁶. Por tanto, no ha de resultar en absoluto sorprendente, teniendo en cuenta el contexto que se ha descrito, que la nómina de aventureros interesados en descubrir físicamente la isla de San Borondón abarque en realidad muchos más nombres que los que han quedado detalladamente recogidos hasta el momento por los historiadores. A esta nómina podemos añadir desde ahora al capellán y pionero Juan Díaz, que decidió acompañar

en 1529 al isleño Hernando de Troya en el que sería su segundo intento de encontrar la tierra escurridiza del santo de Clonfert.

3. FERNANDO DE TROYA Y LA PRIMERA EXPEDICIÓN (1526)

La expedición de 1526, capitaneada por Fernando Álvarez y Fernando de Troya, fue mencionada por vez primera por Leonardo Torriani (1560-1628) en su manuscrito *Descrittione et historia del regno de l'isole Canarie gia dette le fortunate con il parere delle loro fortificazioni* (ca. 1592), obra que no vio la luz impresa hasta 1940, en una traducción incompleta al alemán de Dominik Josef Wölfel (1888-1963), y más tarde en español en 1959, en versión del profesor Alejandro Cioranescu (1911-1999)²⁷. Poco más de lo anotado por Torriani se puede aportar acerca de la biografía de Fernando o Hernando de Troya. De su compañero de aventura, Fernando Álvarez, de momento, nada en absoluto.

Conviene recordar que las principales fuentes bibliográficas para el estudio del siglo XVI canario, y en especial para el de La Palma, son la citada memoria redactada por Torriani –que contiene, como su propio título explicita, una reseña general del archipiélago–; la *Historia de la conquista de las siete islas de Gran Canaria* (ca. 1625), firmada por el franciscano Juan Abreu Galindo (ca. 1550-ca. 1630)²⁸; y en me-

(23) BRUQUETAS DE CASTRO, TOLEDO BRAVO DE LAGUNA (1995-1996), pp. 65-71.

(24) *El Peregrino a Canarias, islas del mar Oceano, y sus dos viajes a estas islas, y lo que en ellas, y en ellos hizo, y pasó en mar, y tierra donde moró; descripción del terreno, ciudades y villas donde ay Colegios de la Compañía de Jesús, principio de sus Fundaciones con sus progressos hasta el año de 1734; con los elogios de algunos valores claros de la Compañía de Jesús, que an muerto en estas Islas*, Biblioteca de la Universidad de Sevilla, sign. 331/252.

(25) REGUEIRA BENÍTEZ, POGGIO CAPOTE (2005).

(26) Un buen ejemplo es el avistamiento multitudinario que se produjo en El Hierro el 29 de julio de 1723, que quedó incluso certificado por el escribano público Bartolomé García del Castillo. También se registró su aparición el 25 de abril, en junio y en julio de 1730, año en que la delineó Juan Smalley, beneficiado de Tijarafe; el 23 de mayo de 1735 y otras dos veces esa misma semana; el 3 y el 5 de mayo de 1759 desde Alajeró, con cuarenta testigos, según un franciscano que hizo el dibujo publicado por Viera; el 3 de mayo de 1769, durante toda la tarde, a 30 leguas de La Palma, según fray Pedro Laso, que trazó en papel su silueta; o en junio y julio de 1770 según el padre Clavellina, lector jubilado del convento de San Francisco, que también la dibujó. Ejemplos similares se suceden hasta la actualidad, siendo los más celebrados el que registró la cámara del fotógrafo palmero Manuel Rodríguez Quintero en 1958 y el que logró grabar en vídeo Jaime Rubio Rosales el 18 de octubre de 2003, esta vez desde el norte de Gran Canaria.

(27) El manuscrito se conserva en la biblioteca de la Universidad de Coimbra (Portugal).

(28) Un estudio sobre la personalidad de Juan Abreu y Galindo en: CEBRIÁN LATASA (2008), pp. 17-104.

nor medida, la *Historia de Nuestra Señora de Candelaria* (1594) de fray Alonso de Espinosa (1543-?). Por último, un cuarto recurso, de relevancia similar a la de los dos primeros, es la parte dedicada a Canarias de *Saudades da terra* del azoreano Gaspar Frutuoso (1522-1591).

Por ello, son de especial interés las citas que realiza el ingeniero lombardo relativas a la expedición de San Borondón de 1526, liderada por Álvarez y Troya. El cremonés es el autor que de modo más pormenorizado se hizo eco de este viaje, con datos tomados, presumiblemente, durante su estancia en Santa Cruz de La Palma. Torriani residió en Canarias en dos períodos sucesivos. Entre 1584 y 1586 vivió en Santa Cruz de La Palma, dedicado a la dirección de las obras del puerto así como al proyecto de la erección de un fuerte en la zona La Caldereta-La Portada; y poco después, entre 1587 y 1593, se desplazó por cada una de las islas, comisionado por Felipe II, tras el desolador saqueo por parte de la expedición de Francis Drake de 1585 a 1586, en aras de concebir un mejor sistema defensivo que protegiese el archipiélago de acciones como la ejecutada por el corsario británico en el Caribe. Sin embargo, la posterior fragilidad financiera de la monarquía hispana impidió llevar a cabo el proyecto resultante de este trabajo.

Con toda seguridad, pariente del explorador Fernando de Troya fue el abogado y doctor en leyes Antonio de Troya Sañudo (1530-1577), jurista del Concejo de La Palma y autor de una *Historia de Canarias* –en la actualidad perdida– escrita en torno a 1565 en Santa Cruz de La Palma²⁹, ciudad en la que también ejerció el cargo de teniente de gobernador entre 1559 y 1661³⁰. La familia Troya aparece establecida en Gran Canaria en las primeras décadas del Quinientos. Más tarde, Antonio de Troya se debió de asentar en Santa Cruz de La Palma,

donde se le menciona como “canario” (es decir, grancanario). De amplia cultura y desahogada posición económica, llegó a poseer varios esclavos. En la capital palmense, Troya contrajo matrimonio con Elena de Salazar, procreando varios hijos³¹: Leonor, Francisco de Salazar, Catalina, Alonso, Luis, Eva, Elena (casada con el también teniente de gobernador Diego García Gorbalán), Antonio y Lucrecia (esposada con Pedro Baamonde de Lugo), quien hizo testamento en 1639 ante el escribano de la capital palmense, Pedro Alarcón³².

Sin duda alguna, en las páginas de la perdida *Historia de Canarias*, su autor, Antonio de Troya, consignaría los datos de la expedición de su “tío” Fernando que, más tarde, recogió Torriani en la *Descripción*. En igual forma, esas mismas noticias debieron de ser colacionadas por el expresado Juan Abreu y Galindo³³. No en vano, la *Historia de Canarias* de Troya Sañudo se ha interpretado como un texto historiográfico de primer orden del que bebieron tanto el técnico lombardo como la mencionada obra de Abreu. Si bien es cierto que cuando Torriani desembarcó en Santa Cruz de La Palma, en el verano de 1584, Antonio de Troya hacía siete años que había fallecido, el “códice” debía de conservarse en el seno familiar. Entonces los descendientes de Troya Sañudo debieron de proporcionarle el manuscrito para su aprovechamiento al ingeniero cremonés. Es más: está probada la relación de Leonardo Torriani con el funcionario real Gabriel Gómez de Palacios, teniente de gobernador en 1582 y, más tarde, juez de Indias en Gran Canaria, autor de la obra titulada *Antigüedades de las yslas Canarias*, también perdida y que se conservó, al menos hasta 1814, en el santuario de la Virgen de las Nieves, en las medianías de La Palma, siendo factible, de igual manera, que este texto se inspirara o se contaminará del de Troya Sañudo.

(29) CIORANESCU en TORRIANI (1959), p. XXXV; CEBRIÁN LATASA (2007), p. 150; MARTÍN RODRÍGUEZ (1995), p. 89.

(30) LORENZO RODRÍGUEZ (1975-2011), vol. II, p. 36. Más datos sobre su biografía en: HERNÁNDEZ MARTÍN (1999-2005), vol. IV, p. 320 (doc. 2332) y 345 (doc. 2376).

(31) *Libros 1 y 2 de bautismos (1564-1605)* Archivo de la Parroquia de El Salvador, Santa Cruz de La Palma, ff. 21v, 47r, 82v, 93v, 110v, 136v, 154v, y 80v.

(32) NOBILIARIO DE CANARIAS (1952-1967), vol. III, p. 831. Sobre datos familiares, véase: HERNÁNDEZ MARTÍN (1999-2005), vol. IV, p. 320 (doc. 2332) y 345 (doc. 2376).

(33) ABREU GALINDO (1977), pp. 337-338.

La descripción realizada por Leonardo Torriani aporta sucintos detalles de los motivos de la expedición y su desenlace. Explica el funcionario lombardo que en el año 1525 un navío portugués, en viaje desde Lisboa a la isla de La Palma, hacía aguas y se vio obligado a recalar en tierra para realizar las pertinentes reparaciones. Desembarcada la tripulación en una isla, no la reconocieron, declarando que “estaba atravesada por un río, y llena de árboles muy grandes y muy espesos”. Una vez subsanada la embarcación, a su arribo a La Palma, la marinería relató que esta nueva isla se encontraba situada a unas 220 millas de distancia de La Palma, en la cuarta oeste/oeste-noroeste. Así, al tenor de esta noticia, los

referidos Fernando Troya y Fernando Álvarez “reunieron alguna gente y navíos para ir a hallarla; y después de haber navegado por algunos días, sin llegar a verla, volvieron a sus casas”³⁴. Nada más reseña Torriani, salvo que los promotores de la expedición eran originarios de La Palma.

Llegados a este punto, es preciso detenerse en dos aspectos. En primer lugar, en la reseña de la expedición de 1526 de Troya y Álvarez, conocida a través de una fuente directa –el manuscrito del doctor Troya Sañudo– cuya línea de transmisión es indudable que fue como sigue: expedición de Álvarez y Hernando de Troya en 1526, registro de la misma cuarenta años des-

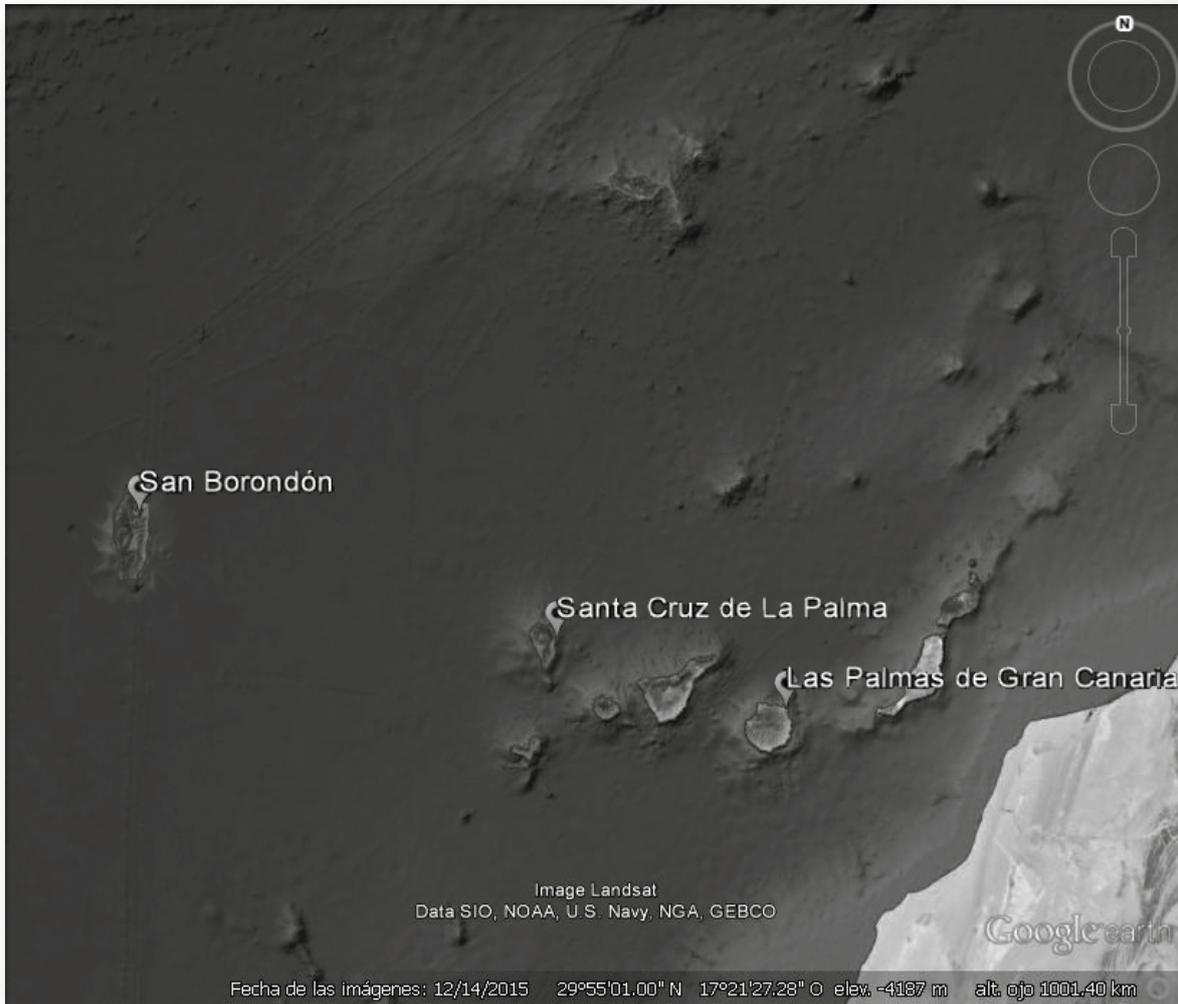


Fig. 1: Posición aproximada en la que los expedicionarios de 1526-1529 esperaban encontrar la isla de San Borondón, a 220 millas en la cuarta oeste/oeste-noroeste de La Palma.

⁽³⁴⁾ TORRIANI (1959), p. 253.

pués de los hechos en el libro perdido de Antonio de Troya, y transcripción a finales de la centuria por Leonardo Torriani en el apéndice titulado “De la isla Antilia o de San Borondón, que no se halla”³⁵, dentro de su *Historia y descripción del reino de las islas Canarias*³⁶. De otra parte, hemos de detenernos también en los evidentes lazos del apellido Troya: Fernando, el explorador del mar incógnito, y Antonio, el prestigioso jurista e historiador. Es de este modo como se logran fijar y transmitir los pocos datos que aporta de la expedición de 1526. Un aspecto llamativo de Torriani es que llama “palmeros” a sus protagonistas, cuando en realidad lo más factible es que procedieran de Gran Canaria.

Por su parte, los datos relatados por Abreu Galindo aportan una breve y lacónica nota de los protagonistas. Así, el historiador franciscano puntualiza que: “Hernando de Troya y Francisco Álvarez, vecinos de Canarias, [...] fueron año de veinte y seis en la demanda desta isla, desde Canaria”.

En definitiva, en 1526 una expedición de más de un navío, comandada por Álvarez y Troya, partió en busca de una isla descrita un año antes por navegantes portugueses que relataron que habían puesto pie en ella. En estos viajes de exploración era causa de preocupación la impericia de los pilotos o la fragilidad de los navíos. Por esta razón, desde pronto se tuvo cuidado de que, como mínimo, participasen en las mismas dos embarcaciones de ligero calado (de no más de 60 toneladas) destinadas a una posible navegación de ribera, tripulada cada una por un piloto y con las provisiones y los materiales de repuesto necesarios³⁷. Lo más seguro es que partiera de Las Palmas de Gran Canaria, haciendo presumible escala en el puerto de Santa Cruz de La Palma, desde donde la flotilla tomó rumbo oeste-noroeste de esta última isla, en el que se esperaba encontrar, a unas 220 millas, la deseada insula de San Borondón.

Aunque el resultado se tradujo en fracaso, el contexto general de la primera mitad del siglo XVI, en plena vorágine de exploraciones, descubrimientos y colonizaciones, tanto en el océano como en tierra firme, condujo sólo tres años más tarde a una nueva cata. No en vano, el exuberante retrato ofrecido por la marinería portuguesa que supuestamente había fondeado a su vera así lo estimuló. Quizás por ello, los promotores, ahora, sumaron la dilata experiencia de, nada menos, un conquistador del poderoso imperio azteca: el clérigo sevillano y cronista de Indias Juan Díaz, por entonces arrogado de popular y merecida fama.

4. EL CAPELLÁN JUAN DÍAZ EN BUSCA DE LA ISLA DE SAN BORONDÓN (1529)

Tras el fiasco de la expedición de 1526, sus promotores no dieron por agotadas las posibilidades de arribar a San Borondón, y al menos uno de ellos, el referido Fernando de Troya, se encontró tres años más tarde organizando una nueva tentativa. El documento aportado en estas líneas, además, revela la participación de una personalidad de renombre de la época, el referido Juan Díaz, a quien podemos registrar también, a partir de ahora, como pesquador de la mítica insula del santo irlandés. Debe subrayarse que el registro notarial sólo menciona a un “Juan Díaz, clérigo presbítero, estante en Gran Canaria”, sin aportar otra noticia. No obstante, como se indicará, lo más factible es que este eclesiástico se identifique con el afamado religioso, capellán confesor del ejército conquistador de México y de otras acciones similares³⁸.

Por entonces Díaz era muy conocido y gozaba de notorio prestigio como capellán de expediciones terrestres. Nacido en Sevilla en 1480,

(35) Un aspecto muy llamativo del trabajo de Torriani es no sólo la nominación, sino también que la representación del italiano de San Borondón coincide con los contornos rectangulares de Antilia. Véase: BEVILACQUA, DALL’AGNOLLA (2006), p. 1221.

(36) Al quedar este texto inédito hasta 1940, la expedición sólo había podido ser colacionada por los escuetos datos ofrecidos por Abreu.

(37) Estas directrices fueron estipuladas en una ordenanza de 1563. Véase: FERNÁNDEZ DURO (1972-1973), vol. 2, pp. 205-206.

(38) Sobre la vida y obra de Juan Díaz, véase: DÍAZ DEL CASTILLO (2011), pp. 44, 103, 132, 138, 201, 227, 260, 388, 394, 417-418, 600, 613 y 1024; GURRÍA LACROIX (1972), pp. 7-24; VÁZQUEZ CHAMORRO (2002), pp. 31-35.



Fig. 2: Reproducción de un fragmento del llamado “Lienzo de Tlaxcala”, en el que supuestamente se representa a Juan Díaz oficiando el bautizo de los señores tlaxcaltecas.

era hijo de los hispalenses Alonso Díaz y Martina Núñez. En 1512, a la edad de treinta y dos años, solicitó permiso para embarcarse hacia América, y en 1514 ya se le documenta como residente en Cuba. En 1518 participó en la campaña de Juan de Grijalva y Antón de Alaminos a la península del Yucatán, aún considerada como isla, de la que se conocen muchos pormenores gracias a que el propio Díaz redactó una crónica del viaje, titulada *Itinerario de la armada del rey católico a la isla de Yucatán, en la India, en año 1518, en la que fue por comandante y capitán general Juan de Grijalva*³⁹. En esta expedición iba el sacerdote embarcado en la nave que capitaneaba Pedro de Alvarado. En lo que se refiere a la actividad del propio Díaz, es reseñable, por ejemplo, que el 6 de mayo de 1518 ofició una misa en la isla de Cozumel, en la costa yucateca, que está documentada como la primera ceremonia cristiana celebrada en el actual territorio mexicano.

En 1519, tan sólo un año después de la ilustrativa (aunque infructuosa) expedición de Grijalva, el cura Díaz formó parte de la terce-

ra y definitiva empresa organizada contra la monarquía azteca: la comandada por Hernán Cortés. El capellán ofició las principales misas del calendario religioso y confesó a los soldados antes de las batallas decisivas, en algunas de las cuales –como la de Tzompantzinco– los españoles se encontraban en una desesperada situación de desventaja y no tenían esperanza de salir victoriosos. Esta labor de consuelo le valió una doble fracción de oro en el reparto de algunos botines entre los conquistadores, según recoge Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*. Algunas fuentes modernas describen al capellán Juan Díaz bautizando a los señores Tlaxcala, un rito que se considera fundamental en la historia de la conquista novohispana, pero este extremo es muy discutido y no debe aparecer como hecho contrastado en la biografía del religioso⁴⁰. Hacia 1521 ofició la misa de fundación de la ciudad de Oaxaca, y poco después se unió a Pedro Alvarado en las acciones de conquista de la zona. Así, Díaz actuó como capellán de Alvarado en la conquista de Oaxaca y Tutotepec, y más tarde partió con

⁽³⁹⁾ Consúltense las ediciones de esta obra en: VÁZQUEZ CHAMORRO (2002), pp. 33-34.

⁽⁴⁰⁾ GURRÍA LACROIX (1972), pp. 20-21.

él a la conquista de Guatemala. Conquistada la ciudad de México, Hernán Cortés hizo un repartimiento de tierras en el que correspondió a Díaz un solar en el que avecindarse. El repartimiento, ratificado en octubre de 1525, parece indicar que Díaz residía entonces en México, contrariamente a lo que opinan algunos historiadores sobre su marcha a España tras la conquista⁴¹. Finalmente, sobre la muerte de Juan Díaz tampoco existe un consenso general. Bernal Díaz describe su muerte natural por senectud, mientras que Juan de Torquemada asegura que lo mataron los indios de Quecholac, que luego pidieron disculpas a Cortés porque no se habían percatado de que se trataba de un religioso. Años más tarde, una información de testigos en la ciudad de Puebla llegó a la conclusión de que el religioso había muerto, en efecto, a manos de los indios, indignados porque Díaz había destruido previamente sus ídolos. Por esta razón, al parecer, los nativos habrían apedreado y apuñalado al capellán hasta la muerte y luego le habrían comido las manos y los pies.

En este estado, identificamos al Juan Díaz que encabeza la nombrada carta de obligación de 1529 con el mismo que ejerció de capellán de la conquista de México. Ello lo fundamentamos en distintas razones:

1º) En primer término, por un encaje de fechas. Existe un vacío documental en torno a estos años en relación a la biografía de Díaz. Las posiciones contrarias de los historiadores lo sitúan tanto en México como retornado a la metrópoli. Ambas posturas pueden verse reconciliadas gracias al documento de 1529 que presentamos en este artículo. Cabe imaginar a un Juan Díaz que decidió retornar temporalmente a Sevilla o a la corte después de haber concluido su labor espiritual en la conquista, y que de nuevo hizo viaje hacia las nuevas tierras para ocupar un cargo de clérigo y capellán de la catedral de México, extremo que queda corroborado por un documento cabildicio firmado de su

puño en 1530.

- 2º) Por la propia naturaleza de la empresa, que encajaría con el carácter aventurero de Díaz. Su propia biografía hace que no nos resulte extraño que el clérigo optara por participar de manera activa en la expedición, embarcándose en la misma.
- 3º) Finalmente, por el prestigio y la notoriedad que pudiera derivarse del hipotético descubrimiento de la isla de San Borondón. La mera presencia de Díaz le facultaría como guía espiritual del nuevo territorio.

Junto a Díaz, el resto de los integrantes de la expedición de 1529 fueron Alonso Álvarez, nuestro conocido Hernando de Troya, Jaime Burel y Francisco de Santa Gadea, este último posible descendiente del conquistador burgalés de Gran Canaria Fernando de Santa Gadea⁴². No consta explícitamente el nombre de Fernando Álvarez, socio de Troya en la expedición de 1526, pero sí otro Álvarez, Alonso, que pudiera ser pariente suyo o quizás el mismo, en el caso que el historiador Antonio de Troya errase en la anotación de su nombre. De los exigüos datos alineados se deduce que se trataba de un ramillete de relevantes personalidades de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria que bien pudieran permitirse el desembolso de una iniciativa de estas características. Aunque no sabemos si este segundo viaje exploratorio llegó a consumarse, parece que así sucedió.

Al igual que la mayoría de las empresas descubridoras que se llevaban a cabo por entonces en las Indias, ésta fue promovida por un grupo de particulares. Debe recordarse que desde bien pronto se estimularon las ansias exploratorias, y desde 1500 algunos pilotos que habían acompañado a Colón solicitaron licencia para efectuar expediciones. Los gastos de estos viajes corrían a cargo de sus respectivos promotores, ajustados, eso sí, a una instrucciones precisas dado que la corona habría de recibir parte de los posibles beneficios. La urgencia

(41) GURRÍA LACROIX (1972), p. 22.

(42) Fernando de Santa Gadea había participado en la conquista de Gran Canaria y, en virtud de ello, se había convertido en uno de los más ricos propietarios de la isla. Su yerno, el mercader francés Juan Mansel, gestionó y acrecentó los bienes familiares, que más tarde heredaría su hija Sofía de Santa Gadea. Esta hacendada, a su vez, contrajo matrimonio con Pedro Cerón y Ponce de León, hijo del gobernador Martín Hernández de Cerón. Sus ricas propiedades quedarían vinculadas en 1572 en el famoso mayorazgo de Arucas, fundado por este matrimonio. BELLO LEÓN (1998), pp. 62-63.

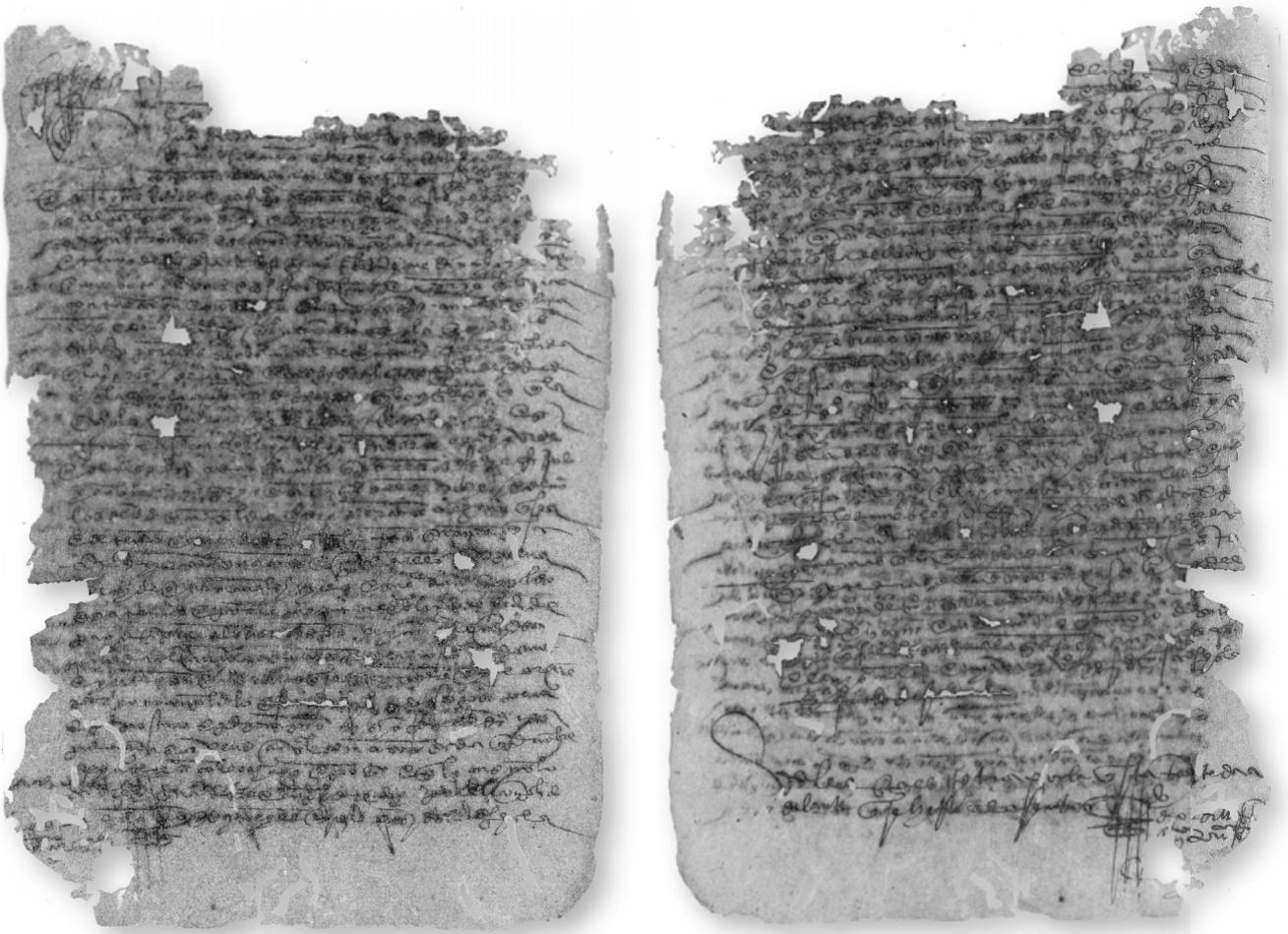


Fig. 3 y 4: Protocolo de Hernando de Padilla de 7 de agosto de 1529. Archivo Histórico Provincial de Las Palmas "Joaquín Blanco".

con que se equiparon estos marinos se manifiesta en el hecho de que en 1516 se inician en Cuba las solicitudes de licencia para construir navíos y dedicarlos al hallazgo de territorios desconocidos, o en que ya en 1522 funcionase el primer astillero montado en la ribera del océano Pacífico, con una finalidad mercantil y, sobre todo, exploratoria. Hasta 1567 se registra cerca de un centenar de asientos y capitulaciones para el descubrimiento de islas y tierras en Indias, entre ellas la mencionada de 1537 con Gabriel de Socarrás, "para descubrir una isla vista por el piloto Antonio Fonseca entre Canarias y la Española, que se llamará San Bernardo", o, como se dijo con anterioridad, más propiamente de San Borondón⁴³.

En nuestro caso, la carta de obligación de la expedición detalla únicamente el compromiso de Juan Díaz de ir en compañía de los mencio-

nados cabecillas (Alonso Álvarez, Fernando de Troya, Jaime Burel y Francisco de Santa Gadea), debiendo aportar con destino al viaje diferentes provisiones: medio cahíz de trigo, una bota de vino, dos cabezas de ganado vacuno y catorce gallinas⁴⁴. La pieza refiere, además, que en el caso efectivo de descubierta, Díaz ocuparía la principal dignidad eclesiástica del nuevo territorio en la iglesia que "se fundare y edificare". El presumible liderazgo de Díaz (dado que figura en primer lugar en la carta de obligación o contrato de esta empresa), se debió, tal vez, a causas económicas, o quizás fuera una muestra de deferencia con un personaje de tanta experiencia como lo era don Juan. Finalmente, bajo el respaldo de los vientos alisios, es presumible que la expedición partiera rumbo al poniente durante el mes de agosto de 1529.

(43) FERNÁNDEZ DURO (1972-1973), vol. 1, pp. 108-109, 167, 170, 452-459; v. 2: 205-206.

(44) Archivo Histórico Provincial de Las Palmas, Las Palmas de Gran Canaria (AHPLP), Protocolos Notariales: protocolo n. 745, fol. 315 r. y v. (escribanía de Hernando de Padilla).

5. CONCLUSIONES

Las primeras décadas del siglo XVI supusieron para la corona castellana un verdadero trasiego expedicionario. No cabe duda de que la exploración, conquista y colonización de las Indias se reveló como una empresa formidable. Los descubrimientos, primero en el Atlántico y más tarde en el Pacífico, condujeron a miles de hombres a adentrarse en territorios y culturas desconocidos. En este contexto, una de las islas más tenazmente perseguidas fue la de San Borondón. Entonces la existencia de esta mítica ínsula persistía como una certeza bien arraigada en las riberas atlánticas. En un amplio espacio marítimo que se extendía desde Azores hasta Canarias se exploró su posible hallazgo, pero fue en el seno del archipiélago canario donde la presencia de San Borondón se escenificó de manera más firme, partiendo desde los puertos canarios, entre 1526 y 1721, hasta ocho expediciones para su localización.

No en vano, las noticias históricas y literarias o los indicios físicos condujeron a una afanosa batida en pos de la tierra del santo irlandés. Las primeras expediciones en su búsqueda fueron precisamente la llevada a cabo en 1526 por Fernando Álvarez y Fernando Troya y la acometida en 1529 por este último junto a Juan Díaz. Ambas salieron desde Las Palmas de Gran Canaria. Queda la identificación definitiva de Juan Díaz con el capellán sevillano de la conquista de México de igual nombre. Aunque las noticias aportadas no son concluyentes, sí es preciso subrayar que las mismas desembocan en el respetado escritor y eclesiástico. De cualquier manera, se confirme o se descarte la identidad de este Juan Díaz, queda este testimonio documental sobre la curiosísima geografía del abad de Clonfert, una de las principales referencias mitológicas del Atlántico y, también, una de las evidencias en las que se basó Colón para emprender el viaje de descubrimiento americano.

Por esta razón, no cabe duda de que estas dos expediciones organizadas prueban la vitalidad descubridora en este otro lado del mar océano. La historia de San Borondón se cobra de esta manera una nueva empresa. El conocimiento ahora de esta última expedición de 1529 pone de manifiesto, una vez más, no sólo el afán descubridor de aquellos años, sino tam-

bién, y ello es lo más sugestivo, los incesantes intentos de descubierta de la legendaria isla de San Borondón, tan próxima y, a la vez, tan lejana de los vecinos del archipiélago canario. Es indudable que las noticias provenientes del Nuevo Mundo alentaron a la población local en estas incursiones oceánicas.

La historia de esta tierra irreal suma desde ahora una nueva expedición. Una empresa destinada no sólo a su hallazgo sino, además, a su explotación económica y administración espiritual. Aunque hoy en día se sabe lo absurdo de intentar hallar la legendaria isla, en la mentalidad de la época el éxito de la empresa habría coronado al cronista y conquistador de México como rector o regidor eclesiástico de esta geografía. ¿Su mitrado? Lo más plausible. Es verosímil que, llegados hasta aquí, Juan Díaz hubiese pretendido ser proclamado como el primer obispo de la isla de San Borondón.

BIBLIOGRAFÍA

ABREU GALINDO, Juan de (1977): Historia de la conquista de las siete islas de Canaria, Santa Cruz de Tenerife, Goya.

ARRUDA, Manuel Monteiro Velho (1932): Coleção de documentos relativos ao descobrimento e povoamento dos Açores, Ponta Delgada, Junta Geral do Distrito de Ponta Delgada.

AZNAR VALLEJO, Eduardo... (*et al.*) (1991): Documentos canarios en el Registro General del Sello (1518-1525), La Laguna, Instituto de Estudios Canarios.

BEVILACQUA, Anna; DALL'AGNOLLA, Massimo (2006): "La leyenda de San Borondón en los testimonios de los archivos de Venecia" en XVI Coloquio de Historia Canario-Americano (2004), Las Palmas de Gran Canaria, Cabilo Insular de Gran Canaria, 2006. pp. 1203-1225.

BELLO LEÓN, Juan Manuel (1998): "Los 'otros extranjeros': catalanes, flamencos, franceses e ingleses en la sociedad canaria de los siglos XV y XVI (primera parte)". Revista de historia canaria, n. 180, pp. 13-68.

BENITO RUANO, Eloy (1978): *La leyenda de San Borondón, octava isla canaria*, Valladolid, Casa-Museo Colón, Seminario de Historia de América de la Universidad de Valladolid. (Cuadernos colombinos; 8).

BENITO RUANO, Eloy (1985): "Cartografía canaria de la isla de San Borondón" en *V Coloquio de Historia Canario-Americano (1982)*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, t. IV. pp. 149-160.

BENITO RUANO, Eloy (1998): "Teoría de la Atlántida y San Borondón" en *Morales Padrón, Francisco (dir.). Canarias y América*, Madrid, Gela; Espasa Calpe-Argantonio. pp. 49-58.

BONNET Y REVERÓN, Buenaventura (1927-1929): "La isla de San Borondón". *Revista de historia [canaria]*, n. 16, (1927), pp. 227-235; n. 24 (1929), pp. 227-230.

BRUQUETAS DE CASTRO, Fernando; TOLEDO BRAVO DE LAGUNA, Teresa (1995-1996): "San Borondón (el contexto socioeconómico de la expedición de 1721)". *Vegueta*, n. 2, pp. 65-71.

CEBRIÁN LATASA, José Antonio (2007): "Apuntes para un catálogo de autores que han tratado sobre la historia de Canarias". *Cartas diferentes: revista canaria de patrimonio documental*, n. 3, pp. 109-152.

CEBRIÁN LATASA, José Antonio (2008): "Gonzalo Argote de Molina y su Historia de Canarias inacabada". *Cartas diferentes: revista canaria de patrimonio documental*, n. 4, pp. 17-104.

CIORANESCU, Alejandro (1978): *Colón y Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, Aula de Cultura de Tenerife.

CIORANESCU, Alejandro (1982): "El capitán general de San Borondón". *Jornada deportiva (Santa Cruz de Tenerife, 11 de noviembre de 1982)*, p. 3.

COLÓN, Hernando (194): *Historia del almirante*, Edición de Luis Arranz, Madrid, Historia 16.

DÍAZ, Juan... (et al.) (2002): *La conquista de Tenochtitlán*, Madrid, Dastin.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal (2011): *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, Madrid, Real Academia Española.

FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo (1972-1973): *La Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón*, Madrid, Museo Naval, 9 v.

GURRÍA LACROIX, Jorge (1972): "Estudio", en DÍAZ, Juan, *Itinerario de la armada*, México, Juan Pablos, pp. 5-27, 31-35.

HERNÁNDEZ MARTÍN, Luis Agustín (1999-2005): *Protocolos de Domingo Pérez, escribano público de La Palma (1546-1567)*, Santa Cruz de La Palma, Caja General de Ahorros de Canarias (etc.), 4 v.

LORENZO RODRÍGUEZ, Juan Bautista (1975-2001): *Noticias para la historia de La Palma*, Santa Cruz de La Palma, Cabildo Insular de La Palma, 4 v.

MARTÍN ACOSTA, Emelina (1996): "Capitulación de Gabriel de Socarrás para la conquista de la isla de San Bernardo (San Brandán o San Borondón)". *Revista de historia canaria*, n. 178, pp. 129-149.

MARTÍN RODRÍGUEZ, Fernando Gabriel (1995): *Santa Cruz de La Palma, la ciudad renacentista*, Santa Cruz de Tenerife, Cepsa.

NOBILIARIO DE CANARIAS (1952-1967), La Laguna, J. Régulo Editor, 4 v.

ORLANDI, Ionanes (ed. lit.) (1968): *Navigatio sancti Brendani*, Milano, Istituto Editoriale Cissalpino.

POGGIO CAPOTE, Manuel; REGUEIRA BENÍTEZ, Luis (2009): *La isla perdida: memorias de San Borondón desde La Palma, Breña Alta*, Cartas Diferentes Ediciones.

RAMOS PÉREZ, Demetrio; GONZÁLEZ QUINTANA, Marta (ed.) (1995): *Diario del primer viaje de Colón*, Granada, Diputación Provincial de Granada.

REGUEIRA BENÍTEZ, Luis; POGGIO CAPOTE, Manuel (2004): "La barca Elvira y su viaje a la isla de San Borondón". *Noticias El Museo Canario*, n. 15, pp. 4-9.

REGUEIRA BENÍTEZ, Luis, POGGIO CAPO-TE, Manuel (2007): “Una expedición de Melchor de Lugo para descubrir la isla de San Borondón (1570)”. Anuario de estudios atlánticos, n. 53, pp. 99-166.

RUMEU DE ARMAS, Antonio (1965): “A la conquista del mito: el emperador Carlos V y la isla de San Borondón”. El día (Santa Cruz de Tenerife, 12 de octubre de 1965), p. 3.

SÖRGEL DE LA ROSA, Jorge (2001): San Borondón, la vida de San Brendan, un monje irlandés, Santa Cruz de Tenerife.

SÖRGEL DE LA ROSA, Jorge (2005): San Borondón: la historia de una isla mítica, Barcelona, Grafein.

SÖRGEL DE LA ROSA, Jorge; SÖRGEL MÜLLER, Julia (2008): Canarias y sus islas míticas, Ariel Rivadeneira.

TORRIANI, Leonardo (1959): Descripción e historia de las islas Canarias antes Afortunadas con el parecer de sus fortificaciones, traducción del italiano, con introducción y notas por Alejandro Cioranescu, Santa Cruz de Tenerife, Goya.

VÁZQUEZ CHAMORRO, Germán (2002): “El itinerario” en DÍAZ, J... (*et al.*), *La conquista de Tenochtitlán*, Madrid, Dastin.

VÁZQUEZ DE PARGA Y CHUECA, María José (2006): San Brandán, navegación y visión, Madrid, Doce Calles.

VIERA Y CLAVIJO, José de (1967): Noticias de la historia general de las islas Canarias, 6ª ed., Santa Cruz de Tenerife, Goya.

APÉNDICE DOCUMENTAL

1

1529, agosto, 7. Las Palmas de Gran Canaria.

Juan Díaz, clérigo presbítero, se obliga junto a Alonso Álvarez, Fernando de Troya, Jaime Burel y Francisco de Santa Gadea, a ir en una expedición para descubrir la isla de San Borondón. Además, en el caso de hallar la isla se obliga a fundar su iglesia.

A. — Carta de obligación. 320 x 230. Letra procesal. 1 h. Estado de conservación malo. Archivo Histórico Provincial de Las Palmas (Las Palmas de Gran Canaria), Protocolos Notariales: protocolo n. 745, fol. 315 r. y v. (escribanía de Hernando de Padilla).

Sean quantos esta carta vieren como yo [...] Juan Díaz, clérigo presbítero, estante en Gran Canaria, se obliga a ir en compañía de Alonso Álvarez, de Fernando de Troya, Jaime Burel y Francisco de Santa Gadea este presente [¿año?] que al presente [han] de ir e quieren hacer a buscar la isla de San Borondón y seguir su viaje con la buenaventura. Ha de dar para su matolataje, medio cahíz de trigo, una bota de vino, dos reses vacunas y catorce gallinas⁴⁵, con tal cargo y condición que los susodichos han de ser obligados, y se han obligado, que hallando la dicha yslla e siendo [des]cubierta por ellos y la voluntad de Nuestro Señor fuere cumplida que la hallen, darle la principal dignidad que en la isla se hubiere de hacer siendo en la iglesia que en la isla se fundare y edificare, que cumplirá so pena de 20.000 maravedís, más los costos, daños, intereses y menoscabos que se sugieren. Para todo lo cual, obliga sus bienes espirituales y temporales, muebles y raíces, habidos y por haber. En la noble ciudad real de Las Palmas, isla de Gran Canaria, 7 de agosto de 1529. Testigos: Antón Pérez Cabezas, Luis Maçiot [...] y Luis Váez, veçinos y estantes.

Vales esta escritura por la que está testada adelante que se herró al asentarla. Fernando de Padilla, escriuano público

⁽⁴⁵⁾ Quizás: cabritas.